

Juan Gómez Millas, humanista imaginativo

(Maestro, hombre de acción
y brillante intelectual)

DR. RICARDO KREBS W.
Premio Nacional de Historia

Juan Gómez Millas tuvo una personalidad rica y compleja. Logró combinar en rara armonía la acción y la contemplación. Estuvo dotado de una imaginación desbordante y fue un soñador que creyó en utopías imposibles y, al mismo tiempo, tuvo un agudo sentido de la realidad y de la oportunidad, y supo elegir con criterio analítico los medios adecuados para transformar la realidad. Tuvo voluntad de poder y tuvo el don de imponer su autoridad, pero jamás el poder tuvo para él un fin en sí mismo, sino que siempre fue un medio al servicio de objetivos superiores. Siempre respetó al otro y respetó su libertad y su dignidad. Fue un escéptico que rechazaba todo dogmatismo, pero fue a la vez un hombre profundamente religioso, que se inclinaba con humildad y reverencia ante los misterios del universo, que tenía fe en el poder del espíritu, que buscaba con pasión la verdad y que tenía fe en el ser humano, el mayor de los misterios. La tarea de su vida consistió en escudriñar el enigma de la existencia humana, en contribuir a que la vida se realizara en plenitud y en conferir sentido al ser.

HOMBRE DE ACCION

Como hombre de acción Juan Gómez Millas ocupó elevados cargos y realizó una intensa labor innovadora destinada a modernizar las instituciones

académicas y educacionales, a fomentar la actividad científica y el desarrollo general del país. Fue Decano, Rector y Ministro de Estado. Creó en la Universidad de Chile nuevas cátedras, nuevos centros de investigación y nuevas facultades. Fundó los Colegios Universitarios Regionales. Fue autor de la Ley N° 11.575 que dio origen al Consejo de Rectores y que dispuso que el medio por ciento de los impuestos directos e indirectos y de los derechos de aduana fuese destinado al fomento de la investigación científica y tecnológica en las universidades. Fundó el Instituto Nacional de Capacitación (INACAP), la Comisión Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) y el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas.

Las decisiones y acciones de Juan Gómez Millas han dejado profundas huellas en todo el desarrollo educacional y científico y en el desarrollo cultural general de Chile en los últimos cincuenta años.

Juan Gómez Millas tenía plena conciencia de que sus iniciativas eran, muchas veces, audaces y poco ortodoxas y que podían parecer locuras. Sin embargo, sus proyectos y sus realizaciones no fueron nunca el producto de caprichosas improvisaciones, sino que fueron el resultado de la reflexión madura y la expresión de ideas que se inspiraban tanto en los más altos valores de la tradición cultural de Occidente como en las concepciones más avanzadas del pensamiento contemporáneo.

Juan Gómez Millas comprendió al ser humano como ser espiritual. La vida del hombre, a diferencia de la vida de las plantas y de los animales, es vida del espíritu, es vida que se determina libremente y que se define proyectando y construyendo un mundo en que el hombre pueda llevar una vida digna de su naturaleza humana. "Cuando los griegos distinguían al hombre de los demás seres vivos como aquel que tiene *logos*, expresaban que el hombre no dispone de un mundo ya hecho, sino de uno que hay que seleccionar, elegir y crear constantemente de nuevo".

La construcción del mundo humano es la gran tarea del hombre en la historia. Esta tarea está llena de riesgos y peligros y siempre existe la posibilidad de que el hombre fracase. Juan Gómez Millas no entendía el fracaso o el éxito en un sentido material, sino en el sentido de la derrota o el éxito en la gran y difícil empresa de la realización plena de la personalidad humana. Y en esta tarea Juan Gómez Millas tuvo pleno éxito.

DESILUSIONES Y REVESES

Como todo ser humano Juan Gómez Millas sufrió desilusiones y experimentó dolorosos reveses. Hubo personas en las cuales depositó grandes esperanzas y toda su confianza y que no le correspondieron. Los Colegios Regionales se apartaron del camino que él les había trazado. El, que vivió y se trasladó para inculcar los valores del espíritu a la juventud universitaria, tuvo que sufrir la amarga experiencia de que amplios sectores de la juventud, en vez de apelar al *logos* y al diálogo, recurrieron a la violencia y cometieron actos de inhumano salvajismo. Una y otra vez él se dirigió a la juventud universitaria y la invitó a reconocer en la vida espiritual la más alta forma de expresión humana, expresión “en que el amor a la belleza, al bien y a la autenticidad verdadera de nuestra existencia orienta en cada momento nuestros actos y pensamientos para dar plenitud a nuestras vidas. Debéis sostener, aun con sacrificio de otros intereses, la vigencia, el imperio y la legitimidad del diálogo espiritual en la universidad; no sólo en sus aulas, laboratorios y seminarios, cuando os aplicáis al conocimiento y comprensión del mundo y del hombre, sino en toda circunstancia, aun en aquellas en que podéis creer que lucháis en defensa de legítimos y honorables intereses. La vida universitaria, por tanto, excluye radicalmente toda violencia en su ámbito, sea ella material o psíquica, uso de fuerza brutal o amenaza y temor”.

“Todo intento de interrumpir la comunicación pacífica y tolerante entre los componentes de la universidad significa el propósito de reemplazar la vida espiritual, que es amor y paz, por violencia en el método y dominación en sus fines y, con ello, la parálisis de la comunidad, la parálisis destructora de toda vida superior”.

Con dolor y honda preocupación observó Juan Gómez Millas la irrupción de la violencia en la universidad y, en un acto consecuente con su posición, renunció en 1968 al cargo de Ministro de Educación para expresar su condenación de la progresiva barbarie de la vida universitaria.

El reconocimiento del hecho de que el diálogo espiritual había fracasado en ese momento no significó, sin embargo, que Juan Gómez Millas se haya dejado dominar por la resignación y que se haya declarado derrotado. El sabía que la vida es riesgo y que junto con los avances había retrocesos y caídas. Justamente un revés momentáneo hacía crecer su personalidad espiritual y robustecía su decisión de seguir luchando por una vida digna y por un mundo iluminado por el amor a la belleza, al bien y a la autenticidad verdadera de la existencia. Juan Gómez Millas ganó la larga batalla por la realización de su ser. Fue un brillante profesor, un excelente decano y un

rector sobresaliente, pero fue más que nada un hombre plenamente humano. Fue autor de innumerables obras, pero su obra más grande fue él mismo, fue su personalidad.

HEREDERO DE LA TRADICION CULTURAL DE OCCIDENTE

Juan Gómez Millas conocía bien los escritos de Goethe y más de una vez citó los versos:

Pueblos, siervos y señores
proclaman, a no dudar,
que la dicha más cumplida
de los hijos de la tierra
es la personalidad.

Estos versos expresaban su propia convicción. Y él logró vivir estas palabras y transformarlas en vida.

El hombre como ser espiritual es un ser histórico. "El ser humano no es naturaleza sino historia". Ser un ser histórico significa tener pasado, presente y futuro. El pasado constituye la realidad que se ha formado en el correr del tiempo y que es el mundo al cual el hombre pertenece y en el cual está arraigado. Por eso el hombre, para conocerse, debe tomar conciencia de su pasado y volver, una y otra vez, a sus orígenes. Para comprender el lenguaje que hablamos y que habla a través de nosotros, debemos conocer el sentido originario de los conceptos por medio de los cuales se ha determinado la naturaleza de los fenómenos de la realidad física y se ha precisado el sentido del mundo humano. Para dar un real sentido a los valores en que tratamos de basar nuestra existencia, debemos conocer el significado originario de palabras como *logos* y *eros*, *ratio* y *libertas*. Todas estas palabras fueron definidas alguna vez en los comienzos de nuestra historia cultural y el contenido que se les dio entonces ha señalado nuestra tradición y con eso nuestro ser.

Juan Gómez Millas se sentía heredero de la tradición cultural de Occidente. Tenía presentes a los clásicos griegos y latinos, a los Padres de la iglesia, a los humanistas, a Shakespeare y Goethe. Pero cuando citaba a Homero o Platón, a Cicerón, San Agustín, a Vico, Descartes, Pascal o Hölderlin, lo hacía no para hacer alarde de erudición, sino porque sentía la enorme necesidad de comprender y actualizar el auténtico significado del pensamiento de las grandes figuras del pasado que habían sabido pensar la realidad, revelar sus secretos y definir nuestro ser.

EL FUTURO, UN COMPROMISO

Sin embargo, Juan Gómez Millas tenía clara conciencia de que nuestro pasado es siempre un pretérito imperfecto. Había que seguir conjugando el verbo del tiempo y había que proyectar el futuro para poder tomar decisiones inteligentes y responsables en el presente. No bastaba con recordar piadosamente la tradición. Justamente para mantener vivo el recuerdo del pasado había que asumirlo y actualizarlo y había que trazar desde él los planes del futuro y comprometerse con éste.

¿En qué consiste comprometerse? Juan Gómez Millas responde: "En prometernos un futuro, anunciarnos una tarea, crearnos una esperanza juntamente con otros; renunciar a nuestra soledad para participar en una misión común y, con ello, ponernos en condiciones de construir una personalidad para un destino que se anuncia en la conciencia como una expectativa. Jóvenes: Cada día el hombre tiene que decidirse y comprometerse ante las encrucijadas de la vida, pero hay momentos más decisivos que otros; en uno de ellos estáis viviendo, no sólo como humanidad total, sino también aquí en esta tierra chilena, como miembros de esta comunidad que amáis y que desearíais ver próspera en el futuro".

SU LABOR COMO MINISTRO DE EDUCACION

En la tarea histórica de descubrir lo humano y de construir un mundo humano, la educación desempeña un papel fundamental.

La educación del hombre, concebida como *educere*, significa sacar hacia fuera lo que está dentro del hombre, esto es, permitir al hombre conocer y realizar su verdadero ser. Este "educir" ocurre en el encuentro con las experiencias históricas a través de las cuales se ha definido nuestra tradición cultural y con los proyectos por medio de los cuales nuestra sociedad procura moldear nuestro futuro. En este encuentro el educando trasciende su subjetividad y el pequeño mundo de sus experiencias personales y enlaza su vida con los principios constitutivos y constituyentes de la existencia nacional y humana.

Esta concepción de la educación guió a Juan Gómez Millas en la inmensa y fecunda labor que desarrolló en el campo educacional. El sistema educativo era para él un todo en el cual todas las partes debían estar relacionadas e integradas armónicamente. Por este motivo él, como Ministro de Educación, se preocupó de todas las ramas de la educación y fundó el Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas.

gicas como institución central para la modernización de todo el sistema educativo. También en este caso, la teoría y la práctica, el pensamiento científico y la acción política debían conjugarse.

“Toda teoría, para que tenga validez en la ciencia, debe tomar en cuenta todos los hechos conocidos concomitantes y sus relaciones. El proceso educacional supone una teoría de la educación y ésta una prospección de la situación histórica y una proyección de la sociedad a la cual se va a aplicar. Todo esto es una labor de científicos de diversas disciplinas. Una vez construido el andamiaje intelectual, la pregunta que el científico se formula es: pero ¿cuál es la voluntad ciudadana?, ¿hacia dónde quiere ir el pueblo?, ¿qué sacrificios y para qué objetivo está dispuesto?”.

“Desde ese momento termina la labor del científico y se inicia la del político: es él quien, debidamente informado por el trabajo de los científicos, debe orientar a la opinión ciudadana hacia las mejores metas y luego convertir esas metas en resoluciones y actos”.

LA UNIVERSIDAD

Si bien Juan Gómez Millas procuró desarrollar el sistema educativo en su totalidad, su acción personal estuvo dirigida ante todo hacia la universidad. La labor que desarrolló como profesor, decano y rector dejó profundas huellas en la Universidad de Chile y repercutió en todo el sistema universitario chileno.

Juan Gómez Millas comprendió la universidad como una de las más altas expresiones de la espiritualidad humana y como institución en que culminaba la cultura de Occidente. A través de ella, el hombre contemporáneo se comunicaba con la totalidad de la historia de nuestra cultura. En la universidad están presentes la Academia Platónica, el Liceo Aristotélico, El Museo de Alejandría y la Universidad Medieval, primera corporación de profesores y alumnos, unidad filosófica del saber variado; están presentes las escuelas de traductores y comentaristas árabes, los círculos de escritores y pensadores bizantinos, los centros de los humanistas del Renacimiento y las Academias y Sociedades Científicas de la época de la Ilustración. Sobre estas bases se levantó en los comienzos del siglo XIX la nueva universidad científica que recogió los impulsos innovadores que revolucionaron la filosofía, las ciencias físico-matemáticas y las ciencias filosóficas a partir del siglo XVII. Este proceso de renovación permanente del saber científico y tecnológico prosigue hasta la fecha. En este proceso, la universidad es sujeto y objeto a la vez. Ella, quizás más que cualquier otra institución, tiene la

tarea de encontrar respuestas positivas al formidable desafío que plantea la civilización contemporánea.

La universidad es una tradición y una tarea. "Como tradición se remonta a los orígenes de la vida intelectual de las sociedades modernas. Nació juntamente con las ciencias y filosofías griegas. Satisface un impulso fundamental del hombre: conocer las relaciones de las cosas, analizarlas y medirlas; comprender los fenómenos humanos, compartirlos en forma ideal y comunicar a otros sus conocimientos y comprensiones. El diálogo, sometido a ciertas reglas de juego que llamamos lógica, es el sistema de comunicación mediante el cual satisfacemos aquellos impulsos fundamentales".

"Somos, por esencia, una comunidad de trabajo colectivo extremadamente fluida y variada, cuya misión es poner la verdad, la belleza y la esperanza en la existencia de la nación a la cual sirve directamente, y de la humanidad a la cual está ligada por valores universales irrenunciables. Ella vive con máxima autenticidad la comunicación humana debido a su tarea formadora y a su afán de develar la verdad en un ambiente de libertad de diálogo y de respeto a toda hipótesis de trabajo intelectual y de posibilidad de acción valiosa".

Juan Gómez Millas se formó en una universidad que tenía un carácter predominantemente profesional y profesionalizante. Las Facultades carecían de funciones académicas y se habían convertido en cuerpos administrativos y ornamentales, mientras que el quehacer universitario había sido absorbido por las escuelas profesionales. La universidad chilena de aquel tiempo cumplió bien con su función profesional y podía sentirse orgullosa de la labor que realizaba. Sus egresados gozaban de merecido prestigio en el país y en el extranjero. Sin embargo, llegó el momento en que la formación profesional, por importante que era, no podía seguir siendo la única función de la universidad. Juan Gómez Millas fue uno de los primeros que comprendieron claramente que la universidad contemporánea, para desempeñar su misión frente a los problemas que planteaba la civilización actual, debía ser una universidad científica y debía dedicarse a la investigación y crear conocimiento nuevo.

"Hasta hace algún tiempo, el camino determinaba y señalaba el andar; pero ahora es el andar bien dirigido el que abre los caminos. La realidad primaria del hombre es el estar preocupado de su porvenir; el tener una ocupación anticipada y, con ello, estar extendido en el tiempo".

"Antes la base implícita del conocimiento físico se asentaba en que el investigador se limitaba a observar el fenómeno y definirlo en fórmulas estrictas; pero el principio de la indeterminación nos enseña hoy que el investigador, al observar el fenómeno, lo produce; que la observación

resulta y se convierte en producción y que, por lo tanto, la física, en lo que concierne al conocimiento, ha dejado de existir en el sentido antiguo y el hombre se convierte en responsable no sólo de sus actos, sino del mundo físico que da a luz”.

“La imagen del mundo que teníamos hace algunos decenios era la de un mundo estático, que obedecía a leyes inmutables y se desarrollaba de acuerdo a sus orígenes, siempre idéntico a sí mismo. Pero hoy sabemos que la imagen del mundo de nuestro tiempo es la de lo que cambia, es el cambio mismo; el conocimiento de lo cambiante es un proyectarse constante de nuestra capacidad creadora y a ello llamamos ciencia e investigación”.

“La imagen que hoy tenemos de nuestro cosmos social y del ser humano es la de un fluir constante, de mutaciones interrumpidas que, al proyectarse en el futuro, alteran la imagen de lo que somos hoy día. De ahí surge una vivencia en relación con nuestro saber y la acción que él tiene sobre nuestro proceder cotidiano, sobre nuestra moral. No hay conocimientos fijos o definidos como los hubo antes; todo lo que aprendimos es parte de un proceso de aprendizaje en que el ayer, el hoy y el mañana se revisan y rectifican y la acción de hoy y del aquí se nos presenta extendida en el tiempo como nosotros mismos lo estamos, justificándose en el acontecer del mañana. Así el futuro, como un inmenso e invisible imán, orienta nuestra historia”.

“Antes el mundo era, hoy deviene; antes la ciencia era, hoy la ciencia y el arte, dos maneras de ver y explicarse el mundo, devienen y en ambas estamos comprometidos, porque la una es la imagen que tenemos del mundo y la otra la expresión de la vida. Como en los orígenes de las cosas, ambas están pletóricas de posibilidades que acuden al proyecto y al rigor de la investigación. ¿No es ésta la experiencia íntima del químico, del biólogo o del físico? ¿No es ésta la experiencia del historiador que busca en lo incierto de lo singular el significado del acontecer?”

SU OBRA EN LA UNIVERSIDAD

Juan Gómez Millas fomentó con todos los medios la potencialidad creadora en la universidad. Dotó a las cátedras y los laboratorios de equipos, enriqueció las bibliotecas, facilitó a los científicos jóvenes los medios para perfeccionarse y especializarse, fundó el Centro de Investigaciones Histórico-Culturales, la Facultad de Ciencias y numerosos otros centros de investigación y apoyó la Central de Publicaciones y la Editorial Universitaria. Se preocupó de influir en la pedagogía universitaria con el fin de que ésta dejara

de ser una simple transmisión de conocimientos consagrados y se convirtiera en un proceso de enseñanza y aprendizaje por medio del cual el estudiante se introdujese en el quehacer científico, se apropiase de técnicas y métodos y aprendiese a pensar científicamente. La universidad debía ser un gran laboratorio y los universitarios debían participar activamente en el apasionante experimento de generar conocimiento.

LA CIENCIA Y LA TECNICA

Juan Gómez Millas, historiador de profunda cultura humanista, cultivó en un comienzo, ante todo, las ciencias humanas. Sin embargo, ya en su niñez su afición a los estudios clásicos, las letras y la historia se había combinado con un vivo interés por las matemáticas y las ciencias. Este interés renació posteriormente y lo llevó a adentrarse en el mundo de Galileo y Newton, de Max Planck, Heisenberg y Einstein.

Juan Gómez Millas tenía plena conciencia de los peligros que una ciencia deshumanizada y una tecnología anónima y masificadora podían tener para la vida humana y la existencia espiritual. Sin embargo, él no se asustaba ante los excesos del cientificismo y tecnicismo ni se refugiaba en un cómodo humanismo esteticista, sino que aceptaba el desafío que planteaba la ciencia y la técnica e insistía en que ellas, siendo creación humana, podían y debían estar al servicio del hombre. Rechazaba la vieja distinción entre "ciencia del espíritu" y "ciencias naturales", y afirmaba que toda ciencia era manifestación del espíritu: "Ya las Humanidades no son la única expresión de ideales y valores. También las ciencias y las tecnologías han adquirido en muchas sociedades modernas un profundo significado humano y traducen anhelos, esfuerzos y visiones del mundo propio del hombre".

"La ciencia y la técnica forman parte del humanismo en cuanto liberan la mente humana de los monstruos de la fantasía mágica elemental; en cuanto lo liberan de la necesidad y le dan los medios para romper el círculo infernal del hambre, la enfermedad o el abandono; en cuanto le permiten construir relaciones humanas y estructuras socioeconómicas y políticas en las que y con las cuales pueda alcanzar una mayor felicidad media y una mayor energía potencial utilizable".

Juan Gómez Millas sabía, perfectamente, que la ciencia y la técnica significaban poder y que ellas eran instrumentos indispensables para vencer el subdesarrollo y mejorar la calidad de la vida. Sin embargo, para él las ciencias naturales y la tecnología no valían sólo por su utilidad, sino que constituían elevadas expresiones de la inteligencia humana y podían contri-

buir a la plena realización del ser del hombre. En vez de oponerse estérilmente al avance científico y tecnológico y construir un antagonismo insuperable entre las Humanidades y las Ciencias, había que entablar un diálogo entre ellas, diálogo que debía entenderse como el proceso dialéctico mediante el cual el hombre es formado como ser humano para vivir en armonía con las formas, ideas y necesidades de nuestro tiempo, con sus conflictos y sus esperanzas, sus afirmaciones y negociaciones. "Ciencia, técnica, arte nacen del hombre y son para el hombre; sirven y enriquecen su vida espiritual y material. Hoy más que nunca son las viejas Humanidades".

EL DESAFÍO

Juan Gómez Millas no se entregó a un falso y superficial optimismo. Sabía que la existencia humana podía ser terriblemente trágica, sabía que se producían situaciones y hechos que podían aparecer absurdos y carentes de todo sentido. Veía con profunda preocupación que cundían la masificación, la irracionalidad y la barbarie. Se sentía angustiado al percibir que se estaban estrechando los espacios en que el hombre podía ser libre y podía ser persona. Sin embargo, Juan Gómez Millas aceptó el desafío de nuestros tiempos y prosiguió durante toda su vida la lucha por mantener encendido el sagrado fuego de la libertad y el espíritu.

Juan Gómez Millas conservó su fe en el hombre y afrontó con valentía el desafío que le presentaba la hora histórica. Su valentía se nutría de la convicción de que él no estaba solo sino que formaba parte de la comunidad de los hombres de ciencia, de hombres cuyas actitudes y virtudes describió con palabras de singular belleza:

"Somos un poder espiritual intramundano que busca la razón explicativa del universo y aspira a comprender la historia humana. Un poder espiritual que libre y gozosamente se somete a la autocrítica o al análisis o crítica de cualquier otro y, por eso mismo, se hace capaz de sobrevivir a todas las formas de organización política o social, como lo ha demostrado ser en Occidente desde que aparecieron los primeros círculos de discípulos en torno a los grandes maestros de Efeso, Samos o Mileto. Es un poder espiritual que crea mundos en la tierra y los sostiene en el recuerdo y en la esperanza, en aquella esperanza que la respuesta de Prometeo diera a las Oceánidas para consuelo y liberación de males. Somos un poder espiritual que se organiza para ser auténtico en la suprema norma educadora del hombre: llegar a ser lo que eres".

"Somos los únicos que a la hora del valor sereno nos atrevemos a escuchar sin temor la música de los espacios infinitos, a escrutar los secretos de la vida y de la muerte, a examinar los repliegues del espíritu, el historial del hombre o las formas de energía que aprisiona el átomo".

